

HOY JUEVES 22

DE MARZO DE 1990

PLAZA PUBLICA

Miguel Angel Granados Chapa

Horacio Flores de la Peña

Señalada deferencia a Chile

Hijo de un comunista coahuilense, miembro él mismo de la izquierda priísta (don Rodolfo González Guevara contaba con él para la redacción de un documento sobre economía mexicana que la original Corriente Crítica del PRI presentaría a fines de 1986), don Horacio Flores de la Peña simbolizará, como embajador de México ante el nuevo Chile, la tradición nacionalista que apoyó al gobierno de Allende, abrió los brazos a los exilados y rompió con el gobierno de Pinochet. Ha sido, por ello, un acierto su designación para reabrir las relaciones con el régimen de Patricio Aylwin.

Nacido en Saltillo, el 24 de julio de 1923, Flores de la Peña se graduó como economista en la UNAM, y en la escuela respectiva sería director de 1965 a 1966. No permaneció en su cargo tras de la caída del rector Chávez, pero aceptó la invitación del nuevo secretario general de la Universidad, Fernando Solana, para quedar al frente de la Comisión de Planeación, cargo que simultaneaba con el de presidente de la junta de gobierno de los organismos descentralizados en la Secretaría del Patrimonio Nacional, de la que llegaría a ser titular el primero de diciembre de 1980.

En ese puesto, y hasta el 2 de enero de 1975, Flores de la Peña realizó una de las tareas más trascendentes en la política económica de México, aunque esté mal decirlo hoy, cuando se desmantela el aparato productivo del Estado que él contribuyó eficazmente a crear, con riesgo de su prestigio (fue ruinmente calumniado por los privatistas de entonces) y aun de su vida, pues no en balde se le comparaba con Enrico Mattei, el creador de entes públicos italianos que desapareció sin dejar rastro tras de su embate con grandes

Aun López Portillo, que fue su subordinado en la Sepanal, y luego lo nombró embajador en Francia, y que no le profesaba aprecio cálido, reconoce en sus memorias los méritos de don Horacio, a quien llama sin entusiasmo, y sin justicia, sólo "un buen secretario del Patrimonio Nacional". Pero al describir su tarea se advierte cómo el adjetivo quedó corto: "Sabía qué hacer, especialmente en el área de los recursos no renovables y la de los organismos descentralizados. Las políticas que se fijaron en materia de azufre, yeso, minerales no metálicos, sal, y aun cobre, fueron impecables. La exploración, muy fortalecida. Todas estaban inspiradas en un sano nacionalismo y sentido social".

En efecto, Flores de la Peña fundó, o hizo adquirir, multitud de empresas públicas, y dispuso que las administraran jóvenes técnicos a los que formó en sus convicciones éticas, una de las cuales él mismo expresaba diciendo, con su habla deliberadamente populachera: "Yo traigo siempre la renuncia, aquí (y señalaba el bolsillo trasero del pantalón), en la nalga, para cuando sea necesaria". Varias veces la presentó a su jefe, pues

eran crecientes sus discordancias con la política económica. Cito de nuevo a López Portillo, que lo oyó un día discutir por la red privada con Echeverría: "Pero, señor Presidente, piense que en este (1973) y el año pasado, hemos crecido por abajo del 6 por ciento. Pasará usted a la historia como el Presidente que menos ha hecho crecer al país".

Cuando al fin se fue, justo a tiempo para no enredarse en los peores momentos de ese periodo sexenal, había dejado tras de sí una estela de dignidad y claridad en la política económica. Y no sólo en esa materia. En una carta dirigida años después a don Julio Scherer, resumiría su credo al referirse al odio que le tuvieron los líderes empresariales, que no se detuvieron "ni en la injuria ni en la delación que ejercieron con toda su experiencia de fachistas. Sólo un secretario de Estado me habló para ofrecerme su apoyo: Hugo Margáin. Y conté con la hostilidad de muchos; de unos abierta, como en el caso de Moya; de otros era una especie de silencio o indiferencia. Para otros era el final de mi carrera política, como si la carrera política a ese precio fuera atractiva. Al menos no para mí".

Fuera del gobierno por un par de años, Flores de la Peña empleó ese lapso en su vocación de maestro y organizador universitario, pues actuó como presidente del nuevo Centro de Investigación y Docencia Económica, CIDE. En mayo de 1977, cuando parecía haber llegado al fin de su trayecto público, su vitalidad lo condujo a emprender una nueva faceta en su afán de servicio, como embajador. Lo fue en los siguientes años en tres grandes capitales, pues luego de París, el presidente De la Madrid resolvió aprovechar su experiencia en Moscú y en Roma donde, dice, ya no aguantaba a los curas, pues hay muchos.

Ahora irá a Santiago. Como secretario de Estado, cabeza de una importante corriente política dentro del echeverrismo, su opinión fue determinante para enlazar a los gobiernos de Chile y México en aquel momento. En la cima de su madurez, volverá a trabajar en el mismo propósito, con otros ojos, en otro tiempo, con igual convicción. Advertirán los chilenos la señalada deferencia que el gobierno de México les hace al enviar a un embajador como Flores de la Peña. No podríamos estar, los mexicanos, mejor representados.